

Después de observada y seguida toda esta evolución de los cánticos revolucionarios, nadie puede ya dudar que así como las ideas progresivas tuvieron un enlace orgánico desde los primeros albores de la Biblia, y su consecuencia lógica, los Evangelios, hasta la Filosofía y la Revolución modernas; las inspiraciones músicas, escanciadas en el manantial de los estéticos sentimientos republicanos, tuvieron á su vez otro íntimo enlace dilatado desde los himnos de Moisés hasta la Marsellesa. No insistirá nunca bastante sobre tal himno quien estudie y siga de cerca el período revolucionario; tan lógico, que resumió todos los siglos de la historia europea precedente; y tan creador, que generó todos los siglos posteriores á su curso, así el que ahora espira como los futuros próximos y los futuros remotos. Aquellos hijos de una Francia redimida por el soplo y el espíritu de la libertad; los albores de la gloria consiguientes al triunfo asomando por los cielos del tiempo; la bandera revolucionaria y tricolor desplegada frente al negro estandarte del despotismo, que sombras extiende y sangre chorrea; las carniceras manadas de los soldados irruptores, cuyas gargantas mugen de ferocidad, y cuyos ojos, siniestros de odio y de lujuria, buscan los jóvenes para matarlos y las jóvenes para deshonrarlas en los brazos mismos de sus padres; los reyes conjurados contra la democracia y seguidos por sus hordas de siervos infames; la injuria y ultraje lanzados á hombres libres; creyéndolos capaces de volver á las rotas cadenas y á la servidumbre pasada enteros y vivos; la sublime invocación al amor sagrado de la patria, cada una de cuyas notas despide su correspondiente centella eléctrica y mueve al combate y á la guerra; el numen de la libertad llamado á voces, cuyo fragor hiere desde los abismos hasta las alturas; las tiernas estrofas consagradas á los niños en una esperanza inmortal, quienes prometen á los progenitores llenar sus filas en cuanto mueran y sacar de sus cenizas frías, aunque las dispersen los vientos, el calor necesario para seguir la estela de sus virtudes y arrestarse al holocausto de su martirio, resonaban por tal manera en los aires y descendían de los aires á los corazones con tanta fuerza, que todos los franceses ofrecían sus venas para que se les abriesen y regasen de sangre fecundante y caliente suya el árbol sacratísimo de la nación emancipada. Concierto idéntico al formado por las notas graves y agudas del himno sentían los corazones cantándolo y confundiendo en un mismo arrebató el amor ardiente á Francia y el sacrificio y la muerte por Francia. Parecía que bajaban del espíritu nacional ángeles creadores sembrando ideas vívidas, los cuales ángeles creadores frente á los enemigos se tornaban por metamorfosis y transformaciones milagrosas en ángeles exterminadores que los desarmaban y los vencían. Las cumbres del Sinaí con los desfiladeros de las Termópilas adivinaban los nervios removidos y remontados por aquellas cadencias. Bien podían las herraduras de los caballos irruptores profanar y malherir el suelo patrio; las cabañas caer al filo de los sables, como los trigos al golpe de las hoces; los cañones granizar plomo fundido que acribillase los suelos y abriera en sus espacios vorágines de triste desolación; las murallas rendirse al son estri-

dente de los clarines bélicos; la peste bajar del aire y subir del infierno los miasmas generadores del mal; en voraces llamas consumirse todas las ciudades y cubrir las lavas del combate desde los Alpes hasta los Pirineos; morir los franceses, el mozo en su campo de batalla, el viejo en su hogar incendiado, el niño en su amenazada cuna, la esposa en su tálamo solitario: una colectiva demencia, si no quiere llamársele inspiración, penetraba en todas las mentes al deseo de morir por la libertad y por la patria, vivas en todos los corazones, sin excepción de ningún género; no habiendo así ejército contrario, por disciplinado y numeroso que fuese, capaz de vencer á un pueblo, resuelto al desprecio de la derrota y de las fuerzas contrarias, ardiente al propósito, por todos jurado, de unir en la pira de un holocausto más jigante visto por el mundo sus cenizas propias con las cenizas de sus padres: único medio, según aquellos recién surgidos voluntarios, de preservar el suelo patrio de las conquistas y mantener el espíritu nacional en la libertad.

No hay más que recordar los árboles genealógicos del himno para saber cómo ha brotado de una sublime inconsciencia y cómo se ha difundido por modos y medios misteriosos cual se difunden los fluidos. Modesto alférez de ingenieros su autor, el buen Rouget, los versos y la música que componía no aspiraban á otra cosa que al recreo de sus amigos en las tertulias y al trabajo y ejercicio de sus facultades en los ocios compañeros de toda guarnición. Así no brotó en los labios de la ciudad Pitonisa, en París; tampoco brotó en los labios de la ciudad heroica que mandaba los primeros voluntarios á la Cruzada por el derecho, en los labios la Marsellesa; brotó por frío y brumoso invierno del noventa y dos en Estrasburgo, ciudad que descubrió la imprenta, y con la imprenta el himno, cuyos ecos desvinculara cuantos vínculos ataban este precioso instrumento de progreso y rompieran cuantas cadenas había puesto sobre tan maravilloso hallazgo la censura y la inquisición. En frugal merienda, como aquellas de que se mantenían los soldados de Leónidas; apurando un Rhin, resto de antiguas opulencias; con el propósito consciente y deliberado de componer un himno para una fiesta ciudadana, Rouget se propuso elevar una poesía y un canto, extensivos tan sólo á la ciudad aquella donde se hallaba de guarnición, ya que tantos había compuesto, consagrados tan sólo á la familia, donde se hallaba de huésped. Pero tanta electricidad invisible relampagueaba en los aires entonces; tal número de rayos fulminantes culebreaban por todos los nervios; condensábanse los siglos en una condensación extraña tan superior, por lo creadora y por lo trágica de suyo á cuantas habían visto los siglos; el diluvio de ideas nuevas lo inundaba todo en términos y la sobrecitación de los sentimientos se atrevía con tal arrojo á todo, que, magnetizado, neurótico, fuera de sí, delirante, como si todos los oráculos de la Historia le sugiriesen á una sus incoherentes inspiraciones; la cabeza encendida, y el corazón palpitante; Rouget, por el espíritu de la libertad henchido, y por las lenguas de fuego del cielo espiritual aquél iluminado, como los Apóstoles de Cristo en el cenáculo de Jerusalén, llegó á caer en un sueño parecido á

un síncope, sueño como esos que transportan los videntes á la eternidad cerúlea desde las realidades prosáicas del tiempo; y cuando despertó había compuesto, música y verso, la inmortal Marsellesa. Concluía de componerla casi, y estaba escrita ya la sublime letra, y tras la letra de un milagroso estro, anotada la correspondiente música. No brotó de la educación este divino coro, las ideas bebidas en el hogar de su autor fueron reaccionarias, al punto que su madre lo maldijo de muerte por la oda, sin saber que debía conseguirle á ella y valer á su hijo la inmortalidad; no brotó del fanatismo republicano, cuyo numen hablara por boca de Vergniaud y escribiera con pluma de Camilo; Rouget profesaba principios políticos moderados, los principios de Lafayette; no brotó de aquel magnetismo extendido en los clubs, que perturbaba las inteligencias, como perturban los imanes las rojas auroras del Polo y los cambios de líneas hemisféricas en el Ecuador, pues no poseía Estrasburgo estas asociaciones como las otras ciudades subvertidas; brotó del alma de Francia; por no decir más, por no decir del espíritu de la Humanidad. Solamente así explicarán las generaciones futuras que oda y canturía, hechuras de individuo, más bien solitario que comunicativo; depositadas en el seno de una modesta familia; compuestas más bien para recreo de una ciudad que para coro de una revolución, difundiese como reguero de pólvora sus acentos por toda Francia; suscitase tales sentimientos que las cantasen el héroe peleando y el mártir muriendo; renovara contra la tiranía y sus reyes los ejércitos de Salamina y de Platea; rompiera la recién hallada táctica de Federico y desconcertara los más fuertes y valientes soldados de la Europa monárquica; penetrara por las puertas cerradas de los santuarios y cayera sobre la roja esfera de los solios; arrojase al suelo instituciones seculares, y convirtiera en hombres siervos petrificados sobre su terruño, siendo ahora, hoy mismo, el himno universal y santo que cantan como un *Te Deum* todos cuantos pueblos trabajan, pelean, mueren, por la libertad y por la patria. Es el cántico de la Humanidad.



CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

Los prodromos de la revolución republicana



NUMERABLES ideas difundidas en el espíritu público, pasiones agitadoras de los ánimos todos, efluvios despedidos por la filosofía y la ciencia, estéticos afectos despertados por las letras, electricidad comovedora que chisporroteaba, como una luz tonante, bajo dos formas, la material en los condensadores mágicos y cadenas eléctricas, mientras en los clubs y hojas volantes la espiritual, nunca se hubieran podido congregarse en torno de su núcleo y precipitarse con sus respectivos átomos acumulados á un etéreo centro, sin hecho capitalísimo que impulsó aquel rápido movimiento y determinó aquella maravillosa cristalización. ¿Cuál hecho fuera éste? Pues el manifiesto de Brunswick. ¿Quién escribiera el manifiesto de Brunswick? El caballero de Fersen, si queréis Calonne, mas por consejo é inspiración del caballero. ¿Quién era éste? Pues el servidor y amigo predilecto de la Reina desde su niñez. Dos proyectos de manifiesto hubo á la firma del general en jefe: uno templado, escrito por Limón, antiguo, aunque no constante, orleanista revolucionario, pasado á la emigración más transigente; y otro, furioso, dictado por el caballero de Fersen y por el ex-ministro de Hacienda Calonne, escrito, quien, después de haber perdido á la Reina con su gobierno desde las alturas del poder, la mataba con su defensa desde los abismos del destierro. ¡Cuán bien hacen los excelsos poetas dramáticos españoles poniendo en las exposiciones y entradas de sus dramas los horóscopos del desenlace, apercibido por una fuerza fatal é incontrastable, que supera en mucho y vence así la voluntad como la idea de

CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO